

LA TARDE

Año XXVI

Diario republicano

Número 6.845

DIRECTOR:

J. LÓPEZ BARNÉS ; REDACCIÓN, AVENIDA DE LA ESTACIÓN

Lorca, Jueves 1 Febrero 1934

BERNARDINO LOPEZ DE TERUEL

Medicina general. Rayos X

Plaza de Colón 8. Lorca

Hora de consulta de 12 a 2

Peor que la revolución

El gusto del señor Largo Caballero por situaciones que pongan a mal su persona política con su persona moral le trae a términos de violencia como éste en que se coloca ahora, montado a caballo ya en trance de acaudillar la revolución social.

Lo normal en el señor Largo Caballero es la conformidad; la sumisión más bien. Y en este sentido fué absolutamente fiel cuando durante el septenario indigno colaboró con la dictadura instaurada en Poder sin que la bota del dictador dejara huella en su ánimo, si bien la dejó en su bolsillo con las dietas que percibió como consejero de Estado. ¡Qué bien hubieran estado entonces los ardores revolucionarios!

Peró es ahora cuando el señor Largo Caballero no se conforma. Se rebela. Y es que encuentra lo más fácil la rebelión. Porque el señor Largo Caballero, que no tiene espíritu heroico, cree, por un reflejo de cercanía del Poder, que es tan fácil hacer triunfar la revolución social como encontrarse de la noche a la mañana ministro de la República «sin haberlo comido ni bebido». Si el Sr. Largo Caballero creyera que rebelarse es difícil y doloroso y que requiere espíritu heroico, el Sr. Largo Caballero no se rebelaría. Se conformaría una vez más. Y colaboraría de nuevo en la República. El Sr. Largo Caballero padece el indefinible complejo de grandeza que acomete a ciertos hombres en la linde de la ancianidad; se ha dejado acariciar el oído con el remoquete de «el Lenin español» y, como decimos, «está ya a caballo» y ha levantado la bandera maximalista frente al programa menchevique que se personifica en el Sr. Besteiro, el veterano líder del socialismo español, además, profesor de Lógica...

El sentido del equilibrio, que no se había perdido jamás en la U. G. T., padece ahora los efectos del hábito enfermizo que sobre la organización obrera ha arrojado la propaganda frénica del señor Largo Caballero. Ya tiene el ex consejero de Estado de la dictadura aparejadas sus banderas rojas para que ondeen en los edificios oficiales, como anunció no hace mucho.

Otro de los matices del gusto del señor Largo Caballero por las situaciones absurdas es su incongruente posición como diputado. Parecería lo normal que el diputado, a quien parece vituperable el régimen parlamentario cuando se ve desplazado del

banco azul, arremetiera, desde su escaño contra la Cámara de la República burguesa y contra la República misma, con gran aparato de argumentos y discursos. Pero también esto es difícil; requiere esfuerzo y razones, y, en cierto modo, el espíritu heroico que le falta al Sr. Largo Caballero. El cree más fácil que una revolución de las masas le eleve de un golpe de fortuna a la dictadura con que sueña y de cuyo disfrute ya hizo ensayos, amorosamente agarrado al casaquín del dictador Primo de Rivera.

Es lamentable la obcecación del Sr. Largo Caballero individualmente. Pero es espantable, sencillamente, la situación a que puede arrastrar a las masas fanatizadas. Nadie, más que él, cree en el triunfo de la revolución. El Estado tiene resortes suficientes para «aplastar», según frase del Sr. Lerroux, a la sedición socialista. Pero en estas vísperas, que nosotros no creemos que pasen de vísperas, la vida económica de la nación sufre un colapso del que son las primeras víctimas los obreros a quienes trata de fanatizar el Sr. Largo Caballero.

Por nuestra parte, deseamos que una enérgica acción del Gobierno saque de su delirio al diputado y ex ministro socialista y desbarate el montaje descarado del asalto a la República. Preferimos esto al «aplastamiento», que siempre habría de proporcionarnos el dolor de una represión, en este caso, por su extensión e intensidad, violenta y dura, en defensa del Estado republicano. Ese Estado, que le parecía inviolable y sagrado al señor Largo Caballero cuando era ministro y encontraba justificación para represiones y leyes de excepción.

La actitud del Sr. Largo Caballero trae por de pronto una inquietud al país y le produce una alarma, un malestar, cien veces peor que la violencia revolucionaria, porque es la anomalía en la vida aparentemente normal; el desequilibrio entre el capital, que se retrae cauteloso, y el trabajo, que amenaza irreflexivo. En fin de cuentas, la trágica situación del obrero español, a quien se le promete para un día hipotético el Poder—que habrían de disfrutar, como es natural, sus dirigentes—y a quien se priva—dolorosa realidad—del pan de cada día.

(De «La Libertad» de Madrid.)

LEA USTED:

LA TARDE

POUPURRI

febrerico el corto

«Un día peor que otro» que dice el adagio, y casi siempre con razón.

Finalizó enero y si fuéramos a hacer un análisis de sus 31 días, poco bueno hay que llevar a su haber: Catástrofes ferroviarias... Choques de tranvías... Accidentes de automóvil... Pistoleros en acción, etc., etc.

¿Se cumplen las profecías?

Aparece Febrero con su alegre Carnaval, y la algazara que consigo lleva: Juerga, alegría... ficción, ¡la farsa! Hay que vivir y para ello engañar y engañarnos, perpetuando el Carnaval.

Mañana se celebrará la antiquísima romería al camino, que aunque decadente, no deja de verificarse, añorando tiempos mejores.

San Blas el día 3, fiesta de los niños piadosos, apesar del suero antidiftérico. La costumbre perdura.

Y como dice el refrán, «Si la Candelaria flora... No sabemos hasta que punto llegará este año la comprobación del final. Crudísima ha sido la temperatura, y tardía la aparición de esas diminutas y encantadoras florecillas del almendro.

Febrero..., si hemos de creer en el «zaragozano» el más popular de los calendarios, será de buen temple y de escasas lluvias—en Lorca tan escasas antes y después—, menos mal si son oportunas como se afirma.

Comprenderás lector y lectora mía, que el objeto de estas deslabazadas líneas, sólo tienden a llenar un hueco en nuestro diario y, nada más, saliendo del paso a la ligera, sin tratar asuntos trascendentales, ni pegar fuerte sentando la mano, que nunca falta motivo para ello.

Hay asuntos locales sobre

DE MI COLECCION

Postal Pedagógica

Veleidad Vituperiosa.

En uno de esos fugaces momentos de arrobamiento placentero, de éxtasis indemne, en que el espíritu se recrea con la abstracción de cuanto conforta y estimula, consideraba el insubstantial empeño de ciertos seres apegados a su molicie, con el de otros muchos que ejercen de consuno acción laborante y meritoria. Y, después de parangonar tan disonantes agrupamientos, al conformar la quimera de mis abstractas reflexiones con la realidad del vivir, adquirí el convencimiento de que la tramoya humana ofrece con frecuencia esa disyuntiva.

Evidentemente: al consejo leal, se opone la diatriba, y por doquier se observa que la restricción de aspiraciones es dolencia incurable de las criaturas. Si existe el tuátem, huelga consignar que las entidades se aletargan y de modo insensible e impertérrito se truecan en acefalópodos, que no toleran reconstituyente alguno, por muy notoria que sea su eficacia, aunque su marbete ofrezca la más inteligible garantía.

No entrañará parénesis alguna el consignar que existen ciertas instituciones que fingen un desenvolvimiento perdidioso a todos luces. En algunas tienen la ventaja de campar marañeros que se juzgan dominadores de la Miopía, capital de la Ceguera, y en su cámara, en el recinto manifiestamente manido, todos o casi todos los secuaces aplauden lo que todos o en su mayoría condenaron.

Así es la naturaleza racional: superchería, traición, vergonzosa imposición y humillante transigencia.

Se transfiere la voluntad, llamada justamente el «rostro moral del hombre», sin la más leve inmutación del claudicante. Es tan amplio e intenso el cretinismo de algunos seres, que hasta se ufanan de amoldar sus hábitos, su valer y su criterio, a las prosaicas insinuaciones del opugnador a quien reprochan y vituperan en la penumbra de las candelijas. Apocamiento, cobardía, necedad llamamos a esa conducta.

La espontaneidad característica del espíritu humano, solamente en el niño se encuentra amplia y aprovechable. El adulto, en general, es muy versátil, tiene la voluntad anquilosada y fácilmente se humilla.

Quisiéramos que los veleidosos grabasen en su mente este pensamiento castelariano: «El que falta a su deber, el que desprecia la voz de la conciencia sólo merece compasión».

ELADIO GITRAMA

el tapete que son objeto de diversos comentarios más o menos apasionados, pero que no son para nuestra pluma, no acostumbrada al afilado bisturí, aunque tampoco al incensario elogioso, apesar de que lo deseáramos manejar, desde luego con justo motivo. Y, para terminar este articulejo, o lo que sea, llamamos la atención de nuestras autoridades para que pongan fin a la afición futbolística en nuestras principales calles y plazas de las que se han adueñado los mozalbetes, no reparando en dar la «patada» al balón, con gran riesgo del pacífico transeunte, que sin seguro de vida, camina sin pensar en los peligros callejeros. Aquí, vuelven la esquina y desembocan en la calle de improviso el chofer, sin acordarse si lleva bocina, el ciclista—y los hay inespertos a granel—

haciendo lo propio, y repetimos, el pobre transeunte todo azorado, se mete en las charcas cenagosas, que apesar de no llover existen, dando un mentís a las Ordenanzas municipales.

Hemos dicho al empezar, que hay que vivir, pero ahora exclamamos con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¿Se puede vivir, caballeros?

EL REPORTER

MADRID

Cambó y Melquiades, conferencian.

Esta tarde sostuvieron una larga conferencia los señores Cambó y don Melquiades Alvarez.

Los periodistas, por más gestiones que hicieron para conocer lo tratado en dicha